

Tema de reflexión

El médico como etnólogo

Miguel Otero Zúñiga

*“Este libro trata del espacio, del lenguaje
y de la muerte, trata de la mirada...”*

El Nacimiento de la Clínica
Una arqueología de la mirada médica
Michael Foucault

*“En nombre de la vida, en nombre de la sociedad,
para salvar la existencia de algunos,
el mundo occidental ha inventado una forma
inédita de canibalismo”*

David Le Breton

Estas líneas nacen del cuerpo, de un territorio común donde se entrelazan la mirada médica y la antropológica.

Médico y etnólogo al deslizar su vista sobre el espacio y la superficie corporal, descubren y al tiempo describen una geografía cuyos signos componen su propia alteridad: otro cuerpo. Es finalmente, en esta lectura donde se descubre en los otros en uno mismo.

De tal suerte, el cuerpo se comporta como un objeto semiótico que se expresa a través de distintos lenguajes, que interactúan y en el cuerpo patológico nos encontramos con gestos, posturas, movimientos que nos hablan y nos gritan mientras los interrogamos, ya sea cuando palpamos a un miembro fracturado o cuando incidimos la piel en el ejercicio de abrirnos paso hacia planos anatómicos profundos mientras realizamos una intervención quirúrgica o cuando enfundados en la botarga del otro, estudiamos y describimos los rituales de paso que realizan “nuestros contemporáneos primitivos”.

Al mirar el cuerpo nos acompañan el asu, el swnw, el vaidya y el yang i, el médico y el antropólogo, Galeno y Levi-Strauss.

De ahí que en pleno siglo XVIII, la palabra antropología forma parte del vocabulario de la anatomía y significa “estudio del cuerpo humano”.

“La anatomía humana, a la que absoluta y propiamente se le llama anatomía, tiene como objeto, o si se prefiere, como sujeto, al cuerpo humano. Es el arte que muchos llaman antropología”. Escribe Diderot¹ en su artículo anatomía.

En este sentido no podemos soslayar que la medicina es parte de la cultura y no puede ser ejercida fuera de contexto sociocultural. Tal y como lo menciona Menéndez:² “el proceso de salud-enfermedad-atención ha sido y sigue siendo, una de las áreas de la vida colectiva donde se estructuran la mayor

cantidad de simbolizaciones y representaciones colectivas en las sociedades, incluidas las sociedades actuales”.

De cualquier manera, ya sea de urbanos occidentales altamente desarrollados o de aldeanos agricultores amerindios, del África negra o del sudeste asiático, la etnología ofrece análisis comparativos y transculturales, diacrónicos y sincrónicos, que nos acercan a un mejor conocimiento del hombre y de su cultura –como mecanismo de adaptación, variación y cambio progresivo–, y por ende nos acercan a entenderlo. De esta manera, podemos decir, que realizar una buena “etnografía” no sólo se basa en la habilidad del antropólogo para ver las cosas desde el punto de vista de las otras personas: también está basada en la habilidad para ver patrones, relaciones y significados que pueden no ser entendidos coincidentemente por una persona en esa cultura. En este sentido, un punto de vista externo a nosotros mismos y a nuestra sociedad es, tal vez, la más importante contribución que puede ofrecer la antropología.

Es en este marco, donde el cuerpo –escenario donde se originan y realizan prácticas médicas y sociales– nos descubre sus heridas. Cuando Corvisart y Bichat proponen a los médicos abrir los cadáveres de los enfermos –la autopsia– comienza la época del método anatomoclínico.³ El cuerpo del paciente, nos dice Foucault⁴ es entonces “el espacio físico en el que aparece la enfermedad” y en el que el médico-antropólogo despliega su mirada hermeneuta “sobre el trasfondo estable, visible y legible del cadáver”, del que aprenderá un nuevo lenguaje: el clínico. Dicho lenguaje le permitirá leer el cuerpo enfermo a través de sus signos y síntomas, construyendo una etnografía de la “experiencia clínica”.

Traductores de un universo extraño, el del “cuerpo simbólico”, médico y antropólogo, no pueden en su viaje epistémico –como nos lo recuerda Tzvetan Todorov⁵– solamente estudiar a “los otros” ya que: “siempre en todas partes, en todas las circunstancias vivimos con ellos”; se entiende entonces, que al estudio de *otro* se tiene que agregar el estudio de *nosotros*.

El médico en este sentido, al ser herido como el centauro Quirón, hijo del dios Cronos y de la ninfa Filira, y quien enseñara el arte de curar a Asclepios, trasciende metafóricamente a la figura de la otredad enferma como algo ajeno, al generar una conciencia de vulnerabilidad, se abre el camino a la empatía con su paciente: “el otro enfermo es el yo sufriente: el sanador herido”.

Finalmente, detrás de su bata blanca y de su estetoscopio al cuello, se encuentran las plumas y el incienso, las danzas y

el ritual del chamán. El médico es pues el etnólogo que da cuenta e interpreta los matices de un mundo dentro del mundo: el cuerpo.

En su quehacer con el otro, la observación que nace de la antropología nos ofrece nuevas narrativas de la mirada médica. Y de este diálogo surge el relato del cuerpo, y de ese cuerpo aparece tu boca que “voy dibujándola como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu boca se entreabriera, y me basta cerrar los ojos para deshacerlo todo y recomenzar...”⁶ nos relata el poeta.

En todo caso, una cosa es cierta: el otro siempre está por descubrirse en nuestros ojos.

Referencias

1. Duchet, M. Antropología e Historia en el siglo de las Luces. Siglo XXI, México, 1976.
2. Lara y Mateos RM. Medicina y Cultura: hacia una formación integral del profesional de la salud. Manual Moderno, México, 2005.
3. Pera C. El cuerpo herido. Un diccionario filosófico de la cirugía. El acantilado, Barcelona, 2003.
4. Foucault, M. El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica. Siglo XXI, México, 1966.
5. Todorov T. Nosotros y los otros. Siglo XXI, México, 2003.
6. Cortázar J. Rayuela. Punto de lectura, España, 2001.